

Para leer

Étienne Charpentier
y Régis Burnet

*Con la colaboración
de Charles Perrot*

EL NUEVO TESTAMENTO



verbo divino

Nueva edición
actualizada

Contenido

Abreviaturas de los libros del Nuevo Testamento

Leer el Nuevo Testamento

1ª PARTE. Generalidades

- El mundo del Nuevo Testamento
- La Pascua, acontecimiento fundador del Nuevo Testamento
- La redacción y la transmisión del Nuevo Testamento

2ª PARTE. Evangelios y Hechos

- El género «evangelio»
- El evangelio de Marcos
- El evangelio de Mateo
- La obra de Lucas: evangelio y hechos
- El evangelio de Juan

3ª PARTE. Las cartas del Nuevo Testamento

- Las cartas de Pablo
- Los sucesores de Pablo
- Las cartas apostólicas

4ª PARTE. Los itinerarios

- Itinerarios a través del Nuevo Testamento
- Itinerarios a través de los evangelios
- Itinerarios a través de las cartas

5ª PARTE. El Apocalipsis

- El Apocalipsis

6ª PARTE. Consejos para abordar un texto

- Análisis de un relato
- Análisis de un discurso

7ª PARTE. Para ir más allá...

- Los apócrifos del Nuevo Testamento

Bibliografía

Mapa

Créditos

Abreviaturas de los libros del Nuevo testamento

(presentados en el orden tradicional)

Evangelios y Hechos

Mt	Evangelio según Mateo
Mc	Evangelio según Marcos
Lc	Evangelio según Lucas
Jn	Evangelio según Juan
Hch	Hechos de los Apóstoles

Las cartas del Nuevo Testamento

Corpus paulino

Rom	Carta a los Romanos
1 Cor	Primera carta a los Corintios
2 Cor	Segunda carta a los Corintios
Gál	Carta a los Gálatas
Ef	Carta a los Efesios
Flp	Carta a los Filipenses
Col	Carta a los Colosenses
1 Tes	Primera carta a los Tesalonicenses
2 Tes	Segunda carta a los Tesalonicenses

1 Tim	Primera carta a Timoteo
2 Tim	Segunda carta a Timoteo
Tit	Carta a Tito
Flm	Carta a Filemón
Heb	Carta a los Hebreos

Las cartas católicas

Sant	Carta de Santiago
1 Pe	Primera carta de Pedro
2 Pe	Segunda carta de Pedro
1 Jn	Primera carta de Juan
2 Jn	Segunda carta de Juan
3 Jn	Tercera carta de Juan
Jud	Carta de Judas

El Apocalipsis

Ap	Apocalipsis
----	-------------

Leer el Nuevo Testamento

Un camino árido entre Jerusalén y Gaza, en pleno mediodía. Dos hombres conversan: uno, ricamente vestido, está sentado en una litera que le protege del agobiante calor. Tiene un rollo de papiro en la mano; el otro, más modestamente está de pie y se dirige a él: «¿Entiendes lo que estás leyendo?». El primero menea la cabeza con desaliento: «¿Cómo voy a entenderlo, si nadie me lo explica?».

El que acaba de hablar es un hombre importante, un alto funcionario del reino de Etiopía, y, sin embargo, confiesa su impotencia a un pobre desgraciado cubierto de polvo al que invita –insigne honor– a subir a su litera. Pronto, el caminante habla con autoridad: conoce bien el texto que lee el extranjero, es un pasaje del profeta Isaías, y es capaz de ofrecer de él apreciaciones sorprendentes. Hablando con convicción, pasa con facilidad de Isaías a Jesús, y logra evangelizar al gran hombre que, subyugado, solicita el bautismo.

Este pequeño relato tomado de los Hechos de los Apóstoles (cap. 8, vv. 5-40), que narra la conversación entre el apóstol Felipe y el eunuco de la reina de Etiopía, muestra un principio fundamental de lectura: para comprender la Biblia, nada mejor que la discusión con alguien que ya ha tenido una primera experiencia de estos textos de aspecto muchas veces extraño. Sin las explicaciones de Felipe, el texto que lee el eunuco corre el riesgo de convertirse en *letra muerta*. Y este último se da cuenta perfectamente de que no ha dejado de reclamar una *guía*.

ESTE LIBRO: UNA GUÍA DE LECTURA

Nada es mejor que la presencia viva y el contacto directo: el resplandor de la comprensión que afecta al eunuco procede tanto de lo que le dice

Felipe como de sus gestos, sus entonaciones, su mirada, su entusiasmo, en resumen, de su vida. En una perspectiva cristiana, nada es mejor que el diálogo con un miembro de la Iglesia que, como Felipe, es guardián de la memoria y la interpretación de las Escrituras, reflejo de la historia de la comunidad.

Pero no siempre existe la posibilidad de encontrarse con cristianos. E incluso se pueden tener ganas de comenzar completamente solos. Sobre todo, uno tiene el derecho de leer la Biblia sin ser cristiano.

Por tanto, este libro quiere ser, modestamente, una guía para la lectura del Nuevo Testamento. No presupone conocimientos previos y se dirige tanto al creyente como al no creyente, tanto a aquel que quiere leer solo como al que lee en grupo, al que quiere retomar la lectura como al que la comienza.

¿CÓMO UTILIZAR ESTA GUÍA?

Con una interesante costumbre del lenguaje, frecuentemente se compara el acto de lectura a un desplazamiento: se habla de «recorrer un libro» o de «itinerarios de lectura». Leer se identifica a menudo con hacer turismo.

Esta guía está concebida al modo de una guía turística. Igual que ella, trata de *hacer ver*, de *hacer comprender*. Lo mismo que ella, trata de conducir a lo esencial intentando hacerse olvidar, pues sólo cuenta el monumento. Como ella, propone un recorrido en varios niveles, según uno tenga mucha prisa, o quiera detenerse, o se busque un detalle preciso, o, perezosamente, quiera *dejarse guiar*.

Lo propio de una guía turística es ser arbitraria, y a veces injusta: ¿por qué destacar antes este museo que aquella otra fuente, tal iglesia que tal castillo? Algunos adjudican incluso estrellas, como si fueran «puntos»... Esta guía, sin llegar a conceder buenas notas a los textos, manifiesta el mismo carácter parcial (en todas sus acepciones): ¡son tan pocas 200 páginas para hablar de la Biblia!

También el lector tiene derecho, incluso el deber, de ir más lejos: detenerse en las orillas del Jordán con Jesús, sentarse con los corintios en las predicaciones de Pablo, temblar ante las salvajes imágenes del Apocalipsis. Para utilizar bien esta guía es preciso superarla, discutirla, interrogarla, no aceptar nada de lo que dice sin haberlo verificado en el texto. Una guía está hecha para ser manoseada, anotada, subrayada y, finalmente, abandonada.





UN RECORRIDO CON VARIAS ENTRADAS

En un museo se ofrecen varios recorridos a los visitantes: o bien seguir el orden de las salas escrupulosamente, partiendo del objeto más antiguo para ir al más reciente, deteniéndose ante cada cuadro, ante cada vitrina; o bien caminar en todos los sentidos siguiendo la inspiración y los felices encuentros que proporciona el azar de los paseos. En el Nuevo Testamento son posibles las dos actitudes, y la guía favorece ambas.

Cada etapa se compone de dos partes:

1. Una presentación general de un libro o de un grupo de libros.
2. Una serie de «itinerarios» que permiten libar en el seno del libro o de los libros.

Según sus gustos o sus deseos, cada lector puede recorrer así el Nuevo Testamento por grandes etapas o bien detenerse en un libro y estudiarlo de un modo más preciso. Para facilitarle la tarea, se ha elegido una señalización sencilla con ayuda de iconos:

-  señala un itinerario a través de varios textos o varios capítulos,
-  invita a detenerse en un texto para estudiarlo en lectura guiada,
-  invita a la lectura continua de un texto.
-  propone una actividad en torno a un texto.

¿QUÉ BIBLIA UTILIZAR?

Esta guía puede ser utilizada con cualquiera de las ediciones de la Biblia que incluyan el Antiguo y el Nuevo Testamento. Si ya poseéis una Biblia, podéis serviros muy bien de ella.

Si no la tenéis, podéis elegir entre las siguientes, según vuestras preferencias y vuestros intereses:

1. *Nueva Biblia Española*. Madrid, Cristiandad, 1975. Hermosa traducción, sobre todo del Antiguo Testamento (dirigida por Luis Alonso Schökel), que fue la primera que introdujo el principio de «equivalencia dinámica».
2. *La Biblia*, de La Casa de la Biblia. Madrid-Salamanca-Estella, Atenas-PPC-Sígueme-Verbo Divino, 1992. Traducida por un grupo de más de treinta biblistas españoles, consigue un excelente equilibrio entre traducción, introducciones y notas.
3. *Biblia de Jerusalén*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 1998. Inspirada en la *Bible de Jérusalem* francesa, contiene extensas notas e introducciones, así como exhaustivas referencias cruzadas.
4. *Biblia del Peregrino*. Bilbao, Ega-Mensajero, 1995. Es una versión actualizada de la *Nueva Biblia Española*. Existe una «edición de estudio» (en coedición con Verbo Divino, 1996) con notas-comentario del P. Alonso Schökel en tres volúmenes.
5. *Sagrada Biblia*. Madrid, La Editorial Católica (BAC), 1975. Traducción muy literalista de F. Cantera y M. Iglesias, ideal para el estudio, aunque por eso mismo con un lenguaje algo rígido y alejado del habla corriente.
6. *a Sagrada Biblia*. Pamplona, Eunsa, 2003. Traducción en cinco tomos elaborada por profesores de la Universidad de Navarra. Contiene comentarios y notas de tipo espiritual.
7. *La Biblia Latinoamérica*. Madrid-Estella, San Pablo-Verbo Divino, 1972, versión de los padres Ricciardi y Hurault. Edición muy

apreciada por el público de América por su lenguaje cercano al pueblo latinoamericano, sus interesantes introducciones y su gran riqueza de notas de carácter pastoral.

8. *La Biblia de América*, de La Casa de la Biblia. Madrid-Salamanca-Estella, PPC-Sígueme-Verbo Divino, 1994, es una adaptación hecha teniendo en cuenta cuatro áreas lingüísticas de América.
9. *Biblia Católica para Jóvenes*, Estella, Verbo Divino, 2005. El texto bíblico de la *Biblia de América* de La Casa de la Biblia se ve complementado con numerosos recursos pedagógicos y atractivas ilustraciones. Especialmente dirigida a los jóvenes de América.

¿POR QUÉ UNA NUEVA VERSIÓN DE ESTA GUÍA?

La primera versión original en francés de esta guía data de 1982, y la traducción al español fue publicada ese mismo año: es la obra póstuma del biblista Étienne Charpentier, muerto trágicamente en 1981 en un accidente de tráfico. Incansable divulgador de los estudios bíblicos, dirigió el Service Biblique (católico) «Évangile et Vie» y fundó los *Cahiers Évangile* (*Cuadernos Bíblicos*).

Más de veinte años después de su publicación, *Para leer el Nuevo Testamento* estaba un tanto anticuado: incluso aunque llegara a otro público, Étienne Charpentier lo destinaba sobre todo a grupos de lectura católicos creados tras el Concilio Vaticano II (1962-1965), que había insistido en la importancia de los estudios bíblicos en la Iglesia católica.

Hoy los lectores de la Biblia han cambiado. En primer lugar, porque los lectores no cristianos son cada vez más numerosos; éstos quieren conocer el libro que ha forjado más profundamente la cultura de Occidente y comprender las grandezas, aunque también las debilidades, del cristianismo. Después, porque, cristianos o no, poseen cada vez menos una cultura religiosa (inculcada frecuentemente por una catequesis anterior al Vaticano II) que sustentaba a los grupos bíblicos animados por Charpentier.

Finalmente, porque en sus referencias, sus ejemplos ilustrativos o su voluntad de actualizar, éste apelaba a un mundo que ha cambiado.

Adaptar no quiere decir renegar: aunque muchos elementos han sido cambiados, reformulados, la arquitectura general de la obra y, sobre todo, su objetivo no han sido cuestionados. La sencillez de expresión, el respeto por la pluralidad bíblica y la voluntad de transmitir sin traicionar han sido respetados; en resumen, el espíritu permanece.

Iª Parte

GENERALIDADES

EL MUNDO DEL NUEVO TESTAMENTO

El Imperio romano

Judea y Galilea

Judíos y cristianos

LA PASCUA, ACONTECIMIENTO FUNDADOR DEL NUEVO TESTAMENTO

La Pascua

La afirmación de fe: el kerigma

Narrar la resurrección: los relatos

Apertura

LA REDACCIÓN Y LA TRANSMISIÓN DEL NUEVO TESTAMENTO

Etapas de la redacción del Nuevo Testamento

La transmisión del texto del Nuevo Testamento

¿QUÉ ES EL NUEVO TESTAMENTO?

Retomemos la metáfora de la guía turística: antes de visitar los diferentes monumentos de una ciudad uno tras otro, siempre es útil tener una visión de conjunto, saber cómo se disponen los barrios, cuándo fueron contruidos, por qué decidieron construir en un terreno y no en otro.

Sucede lo mismo con el Nuevo Testamento: para comprender bien cómo se articulan los diferentes libros unos junto a otros, hay que tener una visión de conjunto:

- I. ¿En qué ambiente fue escrito?
- II. ¿Por qué se escribió?
- III. ¿Qué géneros literarios se eligieron?
- IV. ¿Cuándo se escribió?

A cada una de estas preguntas responde un capítulo de esta primera parte.

Recordemos algunas evidencias:

1. El Nuevo Testamento no es un libro, sino una biblioteca. El Nuevo Testamento no es la obra de un autor único que lo habría escrito de una sola vez, sino una serie de libros yuxtapuestos escritos en épocas diferentes (entre el 50/51 y alrededor del 120 d. C.) por autores diferentes. No sólo fueron escritos en ambientes distintos, sino también para públicos distintos. Además, contiene escritos con formas diversas: relatos teológicos centrados en torno a la persona de Jesús (los evangelios) o de los apóstoles (los Hechos), cartas y un único ejemplar de un género literario conocido en el judaísmo de después del exilio (el Apocalipsis).

2. La biblioteca del Nuevo Testamento se divide tradicionalmente en varios grupos: 1) los cuatro evangelios, designados por el nombre del autor que la tradición les ha adjudicado (Mateo, Marcos, Lucas y Juan); 2) los Hechos de los Apóstoles; 3) las cartas del apóstol Pablo, designadas por sus

destinatarios (comunidades o individuos); 4) las cartas católicas, designadas por sus supuestos autores; 5) el Apocalipsis.

¿Cómo ofrecer una referencia en el Nuevo Testamento?

Según los ambientes y las épocas, las costumbres han variado.

Actualmente se privilegia el sistema siguiente: Jn 15,12-14

Jn: nombre del libro en abreviatura: Juan

15: nº del capítulo: capítulo 15

12-14: nº de los versículos: pasaje que abarca los versículos 12 a 14, incluidos (12, 13, 14).

Cuando se quiere citar un pasaje más largo que abarca varios capítulos, se suele utilizar un guión largo: Jn 15,12–16,1.

Para citar varios versículos del mismo capítulo, se utiliza un punto: Jn 15,1.3.6.

Capítulos, versículos, párrafos y encabezamientos

Cuando se abre una Biblia moderna estamos acostumbrados a ver el texto dividido en capítulos y versículos. Y, en algunas ediciones, los capítulos están divididos en párrafos y en partes a las que se le da un título. Destinados a ayudar a la lectura, capítulos, versículos, párrafos y encabezamientos no forman parte del texto bíblico.

En efecto, las primeras Biblias conservadas son mucho más austeras: el texto es continuo, presentado sin divisiones. Más aún, el final de las frases no está indicado por un punto, e incluso las palabras no están separadas por un espacio, según el uso antiguo.

La división en capítulos data del siglo XIII (la idea se remonta a Lanfranc, consejero de Guillermo el Conquistador en el siglo XII) y la división en versículos, más tardía, data del siglo XVI. La leyenda cuenta que Henri Estienne estableció esta partición en versículos en el curso de una cabalgada entre Lyon y París.

Los párrafos y los encabezamientos se han propagado en las ediciones modernas a partir del siglo XX.

El mundo del Nuevo Testamento

EL IMPERIO ROMANO

La Judea de Jesús y de los apóstoles no es más que una pequeña provincia alejada, perdida en el vasto Imperio romano que se extendía alrededor del Mediterráneo. Conquistada en el 63 a. C. por el general Pompeyo, había perdido desde hacía mucho tiempo su independencia, ya que había pasado sucesivamente bajo la dominación de los babilonios, los persas y después los griegos. A partir del reinado de Augusto (30 a. C. -14 d. C.), la *pax romana augusta* –la dominación romana en la paz– se extiende por el Imperio, fundado sobre una organización centralizada del poder y, por tanto, por Judea.



Para entender cómo los textos hacen alusión al contexto del siglo I, he aquí algunos textos extraídos de los Hechos de los Apóstoles que evocan la vida del Imperio romano:

13,6-13 (los magos itinerantes)

14,12-13 (los cultos paganos)

16,16-40 (los adivinos)

17,6 (los magistrados)

He aquí algunos otros:

18,1-4 y 26-28; 19,9 y 24

21,31; 22,25-28; 23,23 y 35

24,22-23; 25,12; 27,1-44; 28,16

¿Qué enseñanzas podéis sacar de ellos?

LOS ELEMENTOS DE CENTRALIZACIÓN

1. La lengua. Contrariamente a lo que se cree, poca gente hablaba el latín: el Imperio romano es ampliamente bilingüe. Aunque la lengua de la administración, la lengua del poder, es el latín (hablado únicamente en

Italia, en la Galia y en Hispania), la mayoría de los súbditos del emperador habla una forma estandarizada de griego, el llamado griego de la *koiné* («la [lengua] común»). El griego ocupa más o menos el lugar del inglés en nuestra civilización: lengua de los negocios y de la cultura, sirve de lengua de relación entre los pueblos. Coexiste la mayoría de las veces con las lenguas locales, como el arameo, hablado en Israel, una lengua semita próxima al hebreo.

2. La administración. El Imperio está dividido en provincias gobernadas por altos funcionarios romanos: según su importancia, los prefectos (como en Cerdeña o en Egipto), los procónsules (como en Grecia: cf. Sergio Paulo [Hch 13,7] o Galión [Hch 18,12-17]) y los legados (cf. Quirino [Lc 2,2]). Conviene observar que, en Judea, el delegado del emperador tuvo primeramente rango de prefecto (Poncio Pilato) antes de convertirse en procurador (cf. Félix, Festo [Hch 24,27]).

3. Las vías de comunicación. Las vías romanas, numerosas y bien mantenidas (en su origen están destinadas al ejército y a los correos imperiales), siguen siendo, con justicia, famosas: permiten un intenso tráfico. El propio Pablo, como todos los comerciantes judíos, las recorren regularmente (así la vía Egnatia para ir a Filipos). Las vías marítimas son igualmente numerosas, y Pablo, gran viajero, recurrió a ellas más de una vez. Dos imperativos vinculados a la técnica náutica restringían un tanto su extensión: no se viajaba por mar más que de marzo a noviembre, y sólo excepcionalmente se perdían de vista las costas (cabotaje). Esta relativa facilidad de comunicación explica ampliamente lo extensa de la dispersión de los judíos, los numerosos viajes de los apóstoles –no sólo Pablo, sino también Pedro, que va a Antioquía, a Corinto y a Roma– y, finalmente, la rápida extensión del cristianismo.

4. La justicia. Fieles a su tradición, los romanos mantienen frecuentemente el derecho local: el derecho latino no se aplica más que a los pocos ciudadanos romanos. Esto explica varios episodios del Nuevo Testamento: el hecho de que el sanedrín de los judíos tenga un cierto poder legal sobre Jesús (Mt 26,59; Mc 15,1; Lc 22,66) o Pablo (Hch 23), y el

derecho que posee Pablo, en tanto que ciudadano romano, para apelar al emperador (Hch 22,25-29; 23,27).

5. El régimen tributario. Aunque existe pluralidad de derechos, los impuestos afectan a todo el mundo. El emperador percibe no solamente impuestos directos cobrados sobre sus propiedades (bienes raíces, pero también por los animales, los asnos, el aceite, etc.) y las personas, sino igualmente impuestos indirectos (aduanas, concesiones, transacciones). Para conocer a los contribuyentes, el emperador hace que se organicen regularmente censos, a semejanza del que narra el evangelio de Lucas (Lc 2). Muchos impuestos son cobrados por perceptores, generalmente poco queridos, llamados *publicanos* (del latín *publicum*, «bien común»).



He aquí los pasajes en los que se habla de los publicanos:

Mt 5,46; Mt 9,10-11; Mt 11,19

Mt 21,31-32; Mc 2,15-16;

Lc 3,12; Lc 5,29-30; Lc 7,29-34;

Lc 15,1; Lc 19,2.

¿Qué lugar les concede Jesús?

CIUDADANOS ROMANOS, HOMBRES LIBRES Y ESCLAVOS

Es difícil cifrar la población del Imperio romano. Con frecuencia se menciona la cifra de 50 millones. Para las grandes ciudades se avanzan cifras como de un millón y más para Roma y Alejandría, medio millón para Antioquía, Tarso, Corinto y Éfeso. Jerusalén podría superar los 30.000 habitantes (aunque su población se triplicaba considerablemente durante las grandes fiestas). No todos los hombres tenían el mismo estatus.

1. Los ciudadanos romanos. Gozaban de un estatus particular, y son relativamente poco numerosos fuera de Italia. En esta época, la ciudadanía es un privilegio envidiado concedido por el emperador como recompensa por servicios excepcionales.

2. Los hombres libres. Son bastante numerosos en Judea.

3. Los esclavos. La suerte de numerosos esclavos (dos habitantes de cada tres en algunas grandes ciudades) es muy variable según su dueño o su estado: muy duro en el campo o en las minas de sal, esta situación es más soportable en la ciudad, sobre todo para los esclavos especializados, artesanos, médicos, secretarios, cocineros... Pueden ser liberados, bien por sus dueños, bien mediante un rescate. En Judea y en Galilea, sin embargo, la situación es muy diferente. Se parecen más a siervos por un tiempo determinado (no más de siete años) que a los esclavos conocidos entre los romanos.



La comparación con la esclavitud en la teología cristiana

Para describir realidades teológicas complejas, los autores del Nuevo Testamento utilizan con frecuencia la comparación con la esclavitud. Hallamos varios sentidos:

- El pecado es como una esclavitud.
Rom 6,17-20; 2 Pe 2,19;
Jn 8,33-36; Tit 3,3.
- El cristiano debe ser humilde como un esclavo, a imagen de Cristo, convertido en esclavo.
Mt 20,27-28; Mc 10,44;
1 Cor 9,19; Flp 2,7.
- La acción de Cristo, que salva a los hombres, es comparable a un rescate, es decir, al precio de una liberación.
Jn 8,36; Gál 4,1-7; 1 Cor 7,23.

Pablo es el primero en emplear el término técnico de «redención», que designa el rescate de un prisionero de guerra:

Gál 3,13; Rom 3,24; Rom 8,23;
1 Cor 1,30; Ef 1,7; Ef 1,14; Ef 4,30;
Col 1,14; Heb 9,12.

LAS RELIGIONES EN EL IMPERIO

El estatuto de la religión en el Imperio romano es muy extraño para nosotros. Por una parte, hay una religión oficial (los dioses de la mitología romana, el culto al emperador y a Roma) que se practica en las ceremonias públicas y en la que no se cree más que de manera abstracta o puramente formal, un poco como se puede creer en Mariana según el ritual republicano

francés. Por otra parte está la religión privada, frecuentemente hecha de sincretismo (mezcla de religiones), de creencias locales.

Los cultos llegados de Oriente (Asia Menor, Persia y Egipto) y las religiones místicas (Eleusis, orfismo) tienen una gran importancia, pues aportan una respuesta a las preguntas a las que no responde la religión oficial: ¿cuál es el sentido de la vida?, ¿qué sucede después de la muerte?, ¿los malvados serán castigados y los buenos recompensados? Éstas proponen a sus adeptos convertirse, individualmente, en objeto del favor del dios sanador o salvador.

LOS JUDÍOS EN EL IMPERIO ROMANO

1. Jerusalén. El judaísmo se centra en torno a Jerusalén y, sobre todo, a su Templo, cuya influencia se extiende sobre toda Judea, un territorio tan grande como Bretaña o Bélgica que cuenta con medio millón de judíos o un poco más.

2. La Diáspora. La mayoría de los judíos viven en la Diáspora, es decir, en la «dispersión». Algunos quedaron en Babilonia después del Exilio (586-538 a. C.), muchos se instalaron en Alejandría, donde constituyen un quinto de la población, otros habitan en Asia Menor, Grecia, Siria y Roma. Se estima que alrededor del 8% de la población del Imperio era judía, es decir, de 7 a 8 millones de personas. Los judíos se benefician en el Imperio de un estatuto especial: exención del servicio militar, respeto al sábado o posibilidad de pagar un impuesto anual al Templo. Así, dependen de dos jurisdicciones: oficialmente, de la del emperador, después de la del Sanedrín de Jerusalén.



A lo largo de sus viajes misioneros, Pablo entra en las sinagogas de numerosas comunidades judías alejadas de Judea:

- en Antioquía de Pisidia (Hch 13,14),
- en Iconio (Hch 14,1),
- en Tesalónica (Hch 17,1),
- en Berea (Hch 17,10),
- en Corinto (Hch 18,4),

JUDEA Y GALILEA

ECONOMÍA

El mapa físico permite situar las llanuras fértiles (Yezreel, Sarón, Sefelá), las mesetas de Galilea y Samaría-Judea, donde se cultiva, a veces en terrazas, un suelo pedregoso, y el valle del Jordán, con su islote de frescor que es Jericó. Las lluvias, bastante abundantes, no caen más que entre octubre y marzo, y el agua debe ser cuidadosamente conservada en cisternas.

1. La agricultura. Constituye el principal recurso. Por todas partes se cultiva el *trigo*, base de la alimentación, y la *cebada*. La siembra empieza tras las primeras lluvias. La cosecha de la cebada se hace antes de Pascua; la del trigo, entre Pascua y Pentecostés.

Los *olivos* producen un abundante aceite que se exporta a Egipto y Siria. También se exportan *higos* a Roma. Las *viñas* se cultivan sobre todo en Judea. En los viñedos suele haber un lagar y también una torre desde donde se vigila a los ladrones y las zorras.

Junto a las frutas, verduras y legumbres ordinarias, como *lentejas*, *garbanzos* y *lechugas*, se encuentran otros productos más refinados que llegan hasta la mesa del emperador, como las *granadas* y los *dátiles* de Jericó o de Galilea, las *trufas* de Judea, las *rosas*, con las que se hace una esencia perfumada, y, sobre todo, el *bálsamo de Judea*, en Jericó sobre todo, que es un producto muy caro y es objeto de un gran comercio. El país estaba entonces muy poblado de árboles... antes de que pasaran las cabras.

Había *ganado* en abundancia: *ovejas* y *cabras* que producían carne, leche, cuero y lana. El templo, con sus numerosos sacrificios, obligaba a un gran consumo de *bovinos*. También había robustos *asnos* que servían para las labores agrícolas y para los desplazamientos. Para los transportes más pesados se usaba el *camello*. El *caballo* estaba reservado a los militares.

2. La industria. Contaba con algunos sectores prósperos.

La *pesca* se practicaba en los ríos, pero sobre todo en el lago de Tiberíades, donde se comercializaba el pescado seco o ahumado para todo el país.

La *construcción* marchaba bien. Del 20 a. C. hasta el 64 d. C. se realizaron grandes obras de embellecimiento en el Templo, donde llegaron a trabajar hasta 18.000 obreros. Herodes Antipas, el hijo de Herodes el Grande, construye la ciudad de Tiberíades y fortifica Séforis y Julias. El rey Agripa construye una muralla al norte de Jerusalén, y Poncio Pilato un nuevo acueducto.

La *artesanía* responde a las necesidades de la vida diaria: fabricación de vestidos (tejido, hilado, teñido, bataneo), de vajilla (alfarería) y de joyas.

El Templo constituye una especie de «gran complejo industrial». Los sacerdotes y los levitas hacen su negocio en él; los canteros y albañiles lo mantienen; se sacrifican en él millares de corderos y terneros cada año: las pieles (propiedad de los sacerdotes) son curtidas y después transformadas y exportadas. Se utilizan en él maderas preciosas y perfumes. La afluencia de peregrinos favorece los comercios de alimentación, pero también los de «recuerdos», pues los peregrinos deben gastar allí el importe del segundo diezmo. El primer diezmo, o décima parte de los ingresos, retorna a los sacerdotes del Templo.

3. El comercio. El comercio interior consiste sobre todo en el intercambio de mercancías. En el comercio exterior se *importan* sobre todo productos de lujo: cedros del Líbano, incienso, aromas, oro, hierro y cobre de Arabia, especias y tejidos de la India... Se *exportan* alimentos (frutas, aceite, vino, pescado), perfumes, pieles y betún del mar Muerto. Este comercio está en manos de grandes mercaderes.

Todo esto hace que Palestina pudiera ser perfectamente un país «que mana leche y miel», si no fuera por los impuestos y por la desigual distribución de las riquezas.



RICOS Y POBRES

Hay una minoría que lleva una vida fastuosa. Entre ellos se encuentra el soberano y su corte, pero también la aristocracia sacerdotal de Jerusalén, los grandes comerciantes, los jefes de los recaudadores de impuestos o publicanos y los propietarios de grandes fincas (sobre todo en Galilea). En un escalón más bajo encontramos a los artesanos y los sacerdotes de los pueblos; los pequeños campesinos, frecuentemente endeudados, están más cerca de los pobres. Los más desvalidos son los obreros y los jornaleros, los que no encuentran trabajo, a los cuales frecuentemente no les queda más remedio que el recurso a la mendicidad, y, por supuesto, los esclavos. Los enfermos (parecen ser frecuentes las enfermedades de la piel, muchas veces agrupadas bajo el nombre de «lepra») y los lisiados viven de la mendicidad. La limosna constituye un importante deber religioso. Hay que dejar aparte a los ladrones, muy numerosos, y más aún a los «bandoleros», es decir, los sediciosos, como Barrabás.

GRUPOS SOCIALES

Presentamos sucesivamente los grupos sociales, religiosos y políticos. De hecho, es imposible distinguirlos con tanta claridad, pues se solapan. Junto a los ricos, las clases medias y los pobres se pueden señalar algunas categorías particulares.



Grupos sociales

Leed: Hch 4,1-17; 5,17-42.

Observad los grupos sociales citados: ¿qué representan?

1. El clero. Hay una gran diferencia entre la aristocracia sacerdotal de Jerusalén y el resto del clero. En la cima de la jerarquía está el *sumo sacerdote*. Responsable de la Ley y del Templo, presidente del Sanedrín, el gran consejo judío, el único que puede entrar una vez al año en el Santo de los Santos (la parte más secreta y más sagrada del Templo), es el jefe religioso del pueblo. En otra época eran nombrados de por vida. En realidad, primero los reyes judíos y después los romanos lo nombran y lo destituyen a su gusto: por tanto, el sumo sacerdote vigente trataba de complacer a las autoridades civiles. Por otra parte, este cargo estaba bien remunerado: se lleva parte de las ofrendas, beneficios sobre las ventas de animales... Y como estos sumos sacerdotes pertenecían a cuatro familias, es fácil adivinar su poder político y económico.

Los *responsables del Templo*, encargados de la policía o del tesoro, tienen también derecho al título de «sumo sacerdote». Frecuentemente son *saduceos* (cf. p. 19).

Los *sacerdotes rurales* son alrededor de 7.000. Muy cercanos al pueblo pobre, comparten su vida, sus oficios y su pobreza. Distribuidos en 24 secciones o clases, ejercen sus funciones en el Templo, por turno, durante una semana por semestre, así como en las tres fiestas de peregrinación. Se saca a suerte el encargado de ofrecer el incienso, y este acontecimiento único es vivido por el sacerdote como la oportunidad de su vida (Lc 1,5-9). Algunos, más instruidos, son *escribas*. Muchos son *fariseos* (cf. p. 19).

Los *levitas*, especie de bajo clero que había perdido todo poder, son los parientes pobres del clero. Cerca de 10.000, distribuidos también en 24 secciones, ejercen en el Templo una semana dos veces al año funciones subalternas: preparación de los sacrificios, percepción de los diezmos, música o policía del Templo.

2. Los ancianos. Los ancianos son laicos notables que poseen la tierra, de tradición conservadora en materia religiosa y social. Incluso en ellos, existe una gran diferencia entre los jefes del pueblo y el pequeño grupo de ricos comerciantes o granjeros que ocupan un lugar en el Sanedrín de Jerusalén. Se aferran a su poder y están unidos tanto a los ocupantes romanos como a los sumos sacerdotes. Frecuentemente son *saduceos* (cf. p. 19).

3. Los escribas o doctores de la Ley. Son esencialmente los especialistas en la Torá, es decir, en la Ley de Moisés. Tienen una gran influencia en tanto que intérpretes oficiales de las Escrituras, tanto en la vida corriente como ante los tribunales. Algunos son sacerdotes, pero la mayor parte son *laicos* y *fariseos*. Verdaderos maestros del pueblo, comparten muchas veces con él la pobreza. Los más célebres en esta época son *Hillel* y *Sammai* (antes de nuestra era), *Gamaliel*, maestro de Pablo (Hch 5,34; 22,3), *Yohanán ben Zakay*, el jefe de la escuela de Yabne después del año 70, y *Rabí Aqiba*, ejecutado por los romanos en el 135. Algunos escribas podían recibir el título honorífico de *rabí* (de ahí el «rabino» de nuestros días).

4. Los publicanos. Estos perceptores o cobradores de peaje, organizados en sociedad cerrada, se sitúan frecuentemente en las fronteras (Cafarnaún, Jericó). Aunque judíos, cobran los impuestos por cuenta del ocupante romano; por esta razón y porque tienen tendencia a incrementar los impuestos por su propia cuenta, están mal vistos y considerados como pecadores públicos (cf. p. 14).

GRUPOS RELIGIOSOS

Habitualmente se designa a estos grupos con el nombre de *sectas*: evidentemente, esta palabra no tiene ningún carácter peyorativo, ya que designa en griego a los «partidos». Las tres principales nacieron en la época de los Macabeos (siglos III-II a. C.).



Grupos religiosos

Leed: Hch 4,1-17; 5,17-42; 18,24-48; 22,2; 23,6-9.

¿Qué sectas aparecen?

¿Cuál es su doctrina?

1. Los fariseos. Tienen frecuentemente mala prensa, aunque se trata, sin embargo, de una elite intelectual y religiosa. En sus inicios, son los *separados* (es el sentido de la palabra) de los reyes asmoneos de mitad del siglo II antes de nuestra era, considerados como infieles. Después se separan del pecado. Están preocupados ante todo por la santidad de Dios, cuya Ley meditan asiduamente. Porque saben que es difícil vivir sin cesar en presencia del Dios santo, se rodean de toda una red de prácticas. Sin embargo no son hipócritas: cuando el fariseo de la parábola (Lc 18,9-13) dice que ayuna dos veces por semana, que da el 10% de sus bienes a los pobres... lo hace.

Son hombres de fe, y Jesús se siente próximo a ellos. Su error, según los evangelios, es pensar que pueden apoyarse en su santidad para acercarse a Dios, que se han ganado el cielo con sus méritos. Si Jesús se opone tan duramente a ellos, es quizá porque quedó decepcionado al verlos pervertir así su santidad y porque tienen una gran influencia sobre el pueblo sencillo, que les admira. Esta influencia se debe más a su santidad que a su número: apenas eran 6.000. Algunos de ellos adoptaron hacia Jesús y sus discípulos una actitud abierta (Jn 3; Lc 7,36; 13,31; Hch 5,34; 15,5; 23,9). Sobre todo son ellos los que salvaron el judaísmo después del año 70.

2. Los saduceos. Casta de notables, en parte sacerdotal, su doctrina es mal conocida. Parecen no reconocer como Ley más que el Pentateuco (y no los Profetas); no creen ni en la resurrección ni en los ángeles (Hch 23,8). Oportunistas en política, colaboran gustosamente con el ocupante romano para mantener su poder. Serán muy duros con Jesús y con el naciente

cristianismo. Apenas tenían vitalidad religiosa para sobrevivir al desastre del 70, y desaparecieron entonces de la historia.



Los saduceos

¿Qué imagen presenta de los saduceos el Nuevo Testamento?

Mt 3,7; 16,1-6.11-12; 22,23-33;

Hch 4,1-3; 5,17-18; 23,6-10.

3. Los esenios. Especie de monjes que vivían en comunidad, su doctrina es mejor conocida desde el descubrimiento en 1947 de los manuscritos de Qumrán. Bajo la dirección de un sacerdote al que llaman *Maestro de Justicia*, se separaron de los demás judíos, a los que consideran poco fervorosos. Viven en la oración y la meditación de las Escrituras, preparando activamente la llegada del Reino de Dios.

4. Los movimientos bautistas. Entre el 150 a. C. y el 300 d. C. hubo en Palestina y fuera de ella numerosos movimientos bautistas. Se caracterizan por la importancia que dada al bautismo como rito de iniciación o de perdón y por una actitud hostil frente al Templo y los sacrificios. Los *nazareanos* (diferentes de los nazarenos o nazoreos) rechazan todo sacrificio cruento. El movimiento de Juan Bautista se inscribe en esta corriente, pero no tiene nada de sectario: está abierto a todos y no rechaza nada de la fe tradicional. Parece que este movimiento sobrevivirá a su muerte, y la práctica de un bautismo de conversión según Juan Bautista es todavía conocido en Éfeso hacia el 54 (Hch 19,1-7).

5. El «pueblo de la tierra». Con esta expresión despectiva es como los fariseos designan a veces al pueblo sencillo que ignora la Ley y, por tanto, es incapaz de respetar las múltiples prescripciones, y por eso mismo es impuro (cf. Jn 7,49; Hch 4,13).

6. Los nazarenos (o nazoreos). En una ocasión, en los Hechos de los Apóstoles, los judíos designan así a los cristianos (Hch 24,5). Se discute el origen de la palabra. En cualquier caso, el apelativo señala perfectamente un hecho incontestable: durante mucho tiempo, los discípulos de Jesús aparecían simplemente como una secta nueva en el seno del judaísmo.